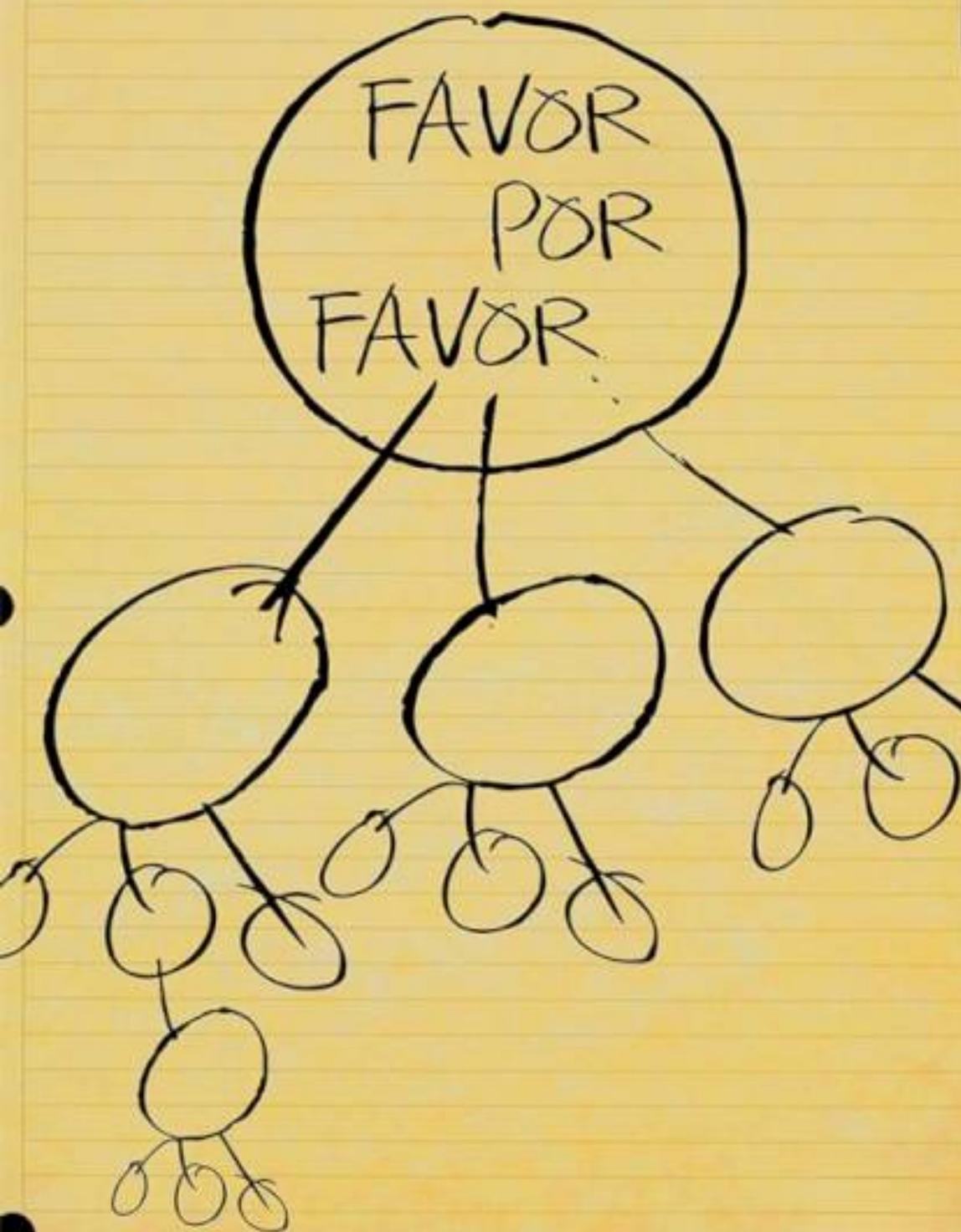


CATHERINE RYAN HYDE



Con apenas doce años, Trevor McKinney ha logrado concebir una idea que podría cambiar el rostro menos amable de la humanidad. Un planteamiento ingenuo, aunque de belleza inusual, capaz de remover los credos de las conciencias más escépticas y remontarlas hacia metas de un profundo altruismo. A punto de vivir la experiencia de su vida, Trevor arrastrará a una marea humana hacia los caminos abiertos de la bondad, valiéndose tan sólo de la fuerza de una tarea escolar bien resuelta y la lógica madurez de su corta edad.

Para Vance

PRÓLOGO

Octubre 2002

Tal vez algún día tenga hijos. Eso espero. Si llego a tenerlos, puede que me pregunten cuál fue mi papel en el Movimiento que cambió el mundo. Y, como ya no soy la persona que fui, les diré la verdad: que mi papel fue nulo. No fui más que el tipo que toma notas desde un rincón.

Me llamo Chris Chandler y soy periodista de investigación. O al menos lo era. Hasta que descubrí que toda acción tiene consecuencias y que no todo está bajo mi control. Hasta que descubrí que aunque yo no era capaz de cambiar el mundo en lo más mínimo, un niño de doce años aparentemente normal sí era capaz de hacerlo, de arriba abajo, para mejor, para siempre, sólo con su altruismo, una buena idea, un par de años y un gran sacrificio.

Y una buena difusión. Ahí es donde entro yo en la historia.

Os contaré cómo empezó todo.

Empezó con un profesor de ciencias sociales que se trasladó a Atascadero, California, para dar clases en un instituto. Un profesor al que nadie conocía demasiado, porque nadie veía más allá de su rostro. La verdad es que no era fácil mirarle a la cara.

Empezó con un chico que, en apariencia, no tenía nada de extraordinario, pero que sí fue capaz de ver más allá de aquel rostro.

Empezó con una tarea que el profesor ya había propuesto a sus alumnos cientos de veces antes, sin que hasta

entonces los resultados fueran dignos de mención. Pero aquella tarea en las manos de aquel chico fue una semilla que al germinar hizo que ya nada volviera a ser igual. Y es que nadie habría querido que las cosas fueran como antes.

Os contaré lo que sucedió. No, mejor empezaré por contaros una anécdota que os ayudará a entender la magnitud que han llegado a alcanzar los hechos.

Hace más o menos una semana, en el cruce de dos calles, mi coche se quedó parado. Yo intentaba arrancar el motor una y otra vez, sin éxito. Era hora punta, y creía tener prisa. Creía que tenía algo importante que hacer, algo que no podía esperar. Así que ahí estaba, de pie en medio del cruce con el capó levantado y mirando el motor; era un esfuerzo inútil, porque no sé nada de mecánica. ¿Qué esperaba encontrar?

En realidad, la avería no me pilló por sorpresa. El coche era muy viejo. Le había llegado la hora.

Se me acercó un hombre, un desconocido.

—Vamos a empujarlo hasta el arcén —dijo—. Ahí. Yo le ayudo.

Cuando conseguimos arrastrarlo hasta un lugar seguro (y ponernos también a salvo del tráfico), me dio las llaves de su coche.

—Puede quedarse con el mío —me dijo—. Se lo cambio.

No es que me estuviera prestando su coche; me lo estaba regalando. Anotó mi dirección para enviarme los papeles. Y me los envió; hoy mismo me han llegado.

«En mi vida, últimamente, he recibido grandes muestras de generosidad —decía en la nota que acompañaba los papeles—, y me pareció que podía entregarle mi coche a cambio del suyo. Afortunadamente, puedo permitirme uno nuevo, así que, ¿por qué no devolver algo del bien que a mí me han hecho?».

En esto se ha transformado el mundo. No, se ha transformado en algo más. No es sólo un mundo en el que un

perfecto desconocido te regala su coche. Es un mundo en el que el día en que eso sucede no es muy distinto de cualquier otro. Esa generosidad se ha convertido en algo normal. Se ha vuelto cotidiana.

Hasta aquí llega mi capacidad de comprensión; lo demás ya no sé cómo explicarlo. La cosa empezó con una tarea en una clase de ciencias sociales y se ha convertido en un mundo en el que nadie pasa hambre ni frío, en el que nadie se queda sin empleo y en el que a nadie se le niega un préstamo.

De todas maneras, al principio, la gente quería más datos. No tenía bastante con saber que un chico de apenas trece años había sido capaz de transformar el mundo. Quería saber por qué el mundo cambió justo en aquel momento y no en el inmediatamente anterior, qué era lo que Trevor había aportado a aquel instante, y por qué aquello era exactamente lo que el instante requería.

Por desgracia, eso no soy capaz de explicarlo.

Yo estaba allí. Estuve allí en cada paso del proceso. Pero en aquel entonces yo era una persona diferente. No miraba donde debía. Creía que era simplemente una historia más, y que la historia era lo que importaba. No es que no me interesara por Trevor, pero cuando lo hice de verdad ya fue demasiado tarde. Pensaba que me importaba mi trabajo, pero no fui consciente de lo que mi trabajo podía implicar hasta que lo hube terminado. Lo que quería era ganar mucho dinero. Y lo gané, aunque luego lo regalé todo.

No sé quién era yo en aquel momento, pero sí sé quién soy ahora.

Trevor también me cambió a mí.

Creía que Reuben tenía las respuestas. Reuben St. Clair, el profesor que empezó todo esto. Estaba más cerca de Trevor que ninguna otra persona, excepto tal vez su madre, Arlene. Y me parece que Reuben sí miraba donde debía. Además, creo que él prestaba atención.

Así pues, tras lo sucedido, cuando me encargaba de escribir libros sobre el Movimiento, le hice a Reuben dos preguntas importantes.

—¿Qué era lo que hacía que Trevor fuera diferente? — le pregunté.

Reuben se quedó pensando un rato y luego dijo:

—Era exactamente igual que todos los demás, pero había una parte de él distinta.

Ni siquiera le pregunté qué parte era ésa. Voy progresando.

Luego le pregunté:

—Cuando propusiste aquella tarea, hoy tan famosa, a aquel grupo de alumnos, ¿pensaste que alguno de ellos realmente podría cambiar el mundo?

Reuben respondió:

—No, pensé que todos lo harían. Pero quizá de maneras más modestas.

Con el tiempo, voy convirtiéndome en alguien que cada vez hace menos preguntas. No todo puede analizarse minuciosamente y comprenderse. No todo tiene una respuesta simple. Por eso he dejado de dedicarme al periodismo. Cuando uno pierde interés por las preguntas, se acaba este trabajo. No importa. No era tan bueno como debía haber sido. No aportaba nada extraordinario.

La gente, gradualmente, dejó de querer saber el porqué. Nos acostumbramos rápido a los cambios, aunque protestemos, nos rebelamos y juremos que nunca lo haremos. Y además, a todos nos gustan los cambios si son para mejorar. Nadie se aferra a un pasado desagradable cuando finalmente las cosas empiezan a salir bien.

Lo más importante que puedo añadir a partir de lo que he observado es esto: saber que todo empezó en unas circunstancias tan poco extraordinarias debería reconfortarnos a todos, porque demuestra que no hace falta mucho para transformar el mundo entero. Se puede empezar con lo

más cotidiano. Se puede empezar con el mundo que se tiene más a mano.

Capítulo 1

REUBEN

Enero 1992

Aquella mujer sonreía con tal amabilidad que se sintió ofendido.

—Si me lo permite, le diré a la directora que ha llegado, señor St. Clair. Seguro que desea hablar con usted.

Avanzó dos pasos y se dio la vuelta.

—Siempre quiere hablar con todo el mundo. Quiero decir, con todos los profesores nuevos.

—Claro.

A estas alturas, esas cosas ya no deberían sorprenderle.

Después de más de tres minutos de espera, la mujer salió del despacho de la directora y esbozó una sonrisa forzada, demasiado amplia. Reuben se había dado cuenta de que la gente siempre da muestras de una aceptación excesiva cuando no consigue aceptar realmente a quien tiene delante.

—Pase ahora, señor St. Clair. Le está esperando.

—Gracias.

La directora era diez años más joven que él, blanca y atractiva y con el cabello negro y abundante. Las mujeres atractivas siempre le causaban dolor, literalmente, un dolor intenso que se iniciaba en el plexo solar y le bajaba hasta las entrañas. Era como si acabara de invitar a esa mujer a ir al teatro con él y ella le hubiera respondido: «Debe de estar bromeando».

—Me alegro de que por fin nos conozcamos cara a cara, señor St. Clair.

Se puso roja casi al momento, como si el solo hecho de mencionar la palabra «cara» hubiera resultado una metedura de pata imperdonable.

—Por favor, llámeme Reuben.

—Reuben, sí. Yo soy Anne.

Le había recibido con una mirada franca, directa, pero al momento ya parecía algo desconcertada. Estaba claro que su secretaria la había advertido. Pero si había algo peor que una reacción de sorpresa, era precisamente la calculada ausencia de reacción.

Odiaba tanto aquellos momentos...

No le costaba admitir que los hombres como él no deberían cambiar de residencia. Pero las razones que le hacían difícil empezar de nuevo en otro destino eran las mismas que le impedían permanecer mucho tiempo en un mismo sitio.

La directora le indicó con un ademán que se sentase, y él así lo hizo. Cruzó las piernas. Llevaba la raya de los pantalones impecablemente planchada. La noche anterior había escogido una corbata que combinara bien con el traje. Cuidaba mucho aquel tipo de detalles, aunque los demás no llegaran siquiera a darse cuenta. Valoraba aquellos hábitos por sí mismo, a pesar de que (o tal vez porque) nadie más lo hacía.

—No soy exactamente lo que esperaba, ¿verdad, Anne?

El uso de su nombre de pila le devolvió la sensación de dolor, esta vez más aguda. Era duro hablar con una mujer atractiva.

—¿En qué sentido?

—Por favor, no me haga esto. Hágase cargo de los cientos de veces que he pasado por escenas como ésta. No soporto esquivar un tema que resulta tan evidente.

La directora intentó mirarle a los ojos, del mismo modo que haría cualquiera que se estuviera dirigiendo a un com-

pañero de trabajo, pero no lo consiguió.

—Ya le entiendo —dijo.

—Lo dudo —comentó él en voz muy baja, y enseguida dijo, esta vez en voz alta—: Forma parte de la naturaleza humana formarse una imagen mental de alguien. Lee un currículum y una solicitud de empleo, ve que tengo cuarenta y cuatro años, que soy negro, ex combatiente, con una buena formación académica. Y cree que ya puede visualizarme. Como no tiene prejuicios, contrata a ese hombre negro para que se traslade a su ciudad a dar clases en su escuela. Pero de pronto llego yo para poner a prueba los límites de su tolerancia. Es fácil no tener prejuicios contra los negros, porque ya estamos acostumbrados a verlos todos los días.

—Si cree que su empleo está en peligro, se está preocupando innecesariamente, Reuben.

—¿Es cierto que mantiene esta pequeña charla con todos los profesores nuevos?

—Por supuesto.

—¿Antes incluso de que den su primera clase?

Hubo una pausa.

—No siempre. Sencillamente, he creído oportuno hablar del tema de la... adaptación inicial.

—Tiene miedo de que mi aspecto físico pueda asustar a los alumnos.

—¿Cuál ha sido su experiencia al respecto en el pasado?

—Los alumnos nunca son el problema, Anne. El momento crítico siempre es éste. Siempre.

—Ya le entiendo.

—Con todos los respetos, no estoy tan seguro de que lo entienda —respondió él, y esta vez lo dijo en voz bien alta.

En su anterior escuela, en Cincinnati, Reuben tenía un amigo, Louis Tartaglia. Lou tenía un modo particular de enfrentarse a una primera clase. Entraba, la primera mañana, con una vara en la mano. Bajaba directamente a la palestra. A los alumnos les gusta poner a prueba a su profesor, al principio. Aquella vara era de Lou, la había comprado él y la llevaba consigo. Era de esas muy finas, baratas. Siempre compraba las mismas, en la misma tienda. Les pedía silencio a sus alumnos, cosa que nunca conseguía a la primera. Contaba mentalmente hasta tres, levantaba la vara sobre su cabeza y la hacía estallar contra la mesa, de manera que se partía en dos. El extremo que no sujetaba salía despedido hacia atrás, se estrellaba contra la pizarra, que estaba a su espalda, y caía al suelo. Acto seguido, en el denso silencio que se hacía en el aula, Lou añadía, simplemente: «Gracias». Y después de aquello, ya no tenía ningún problema con su clase.

Reuben siempre le advertía que algún día el trozo de vara se le escaparía en la dirección contraria y le daría a algún alumno, causándole a él serios problemas, pero aquella técnica siempre le había funcionado, al menos hasta la fecha.

—Es cuestión de ser imprevisible —explicaba Lou—. Una vez se dan cuenta de que eres imprevisible, tienes la sartén por el mango.

En una ocasión le había preguntado a Reuben qué era lo que él hacía para apaciguar a unos alumnos nuevos, y éste le había respondido que él nunca había tenido aquel problema; a él siempre le recibían con un silencio glacial y siempre le veían como a alguien imprevisible.

—Oh, claro —dijo Lou, como si supiera de qué le estaba hablando. Y debía de saberlo.

Reuben se quedó de pie frente a ellos por primera vez, agradecido y dolido a partes iguales por su silencio. Desde las ventanas del aula se veía California, un lugar en el que no había estado nunca. Los árboles eran distintos; el cielo no era de invierno, como el que había dejado atrás al emprender su largo viaje desde Cincinnati. No podía decir desde su hogar, porque aquél, ciertamente no había sido su hogar. Como tampoco lo era éste. Ya estaba cansado de sentirse como un extraño en todas partes.

Para saber si estaban todos en clase, contó rápidamente el número de pupitres que había por fila y lo multiplicó por el número de filas.

—Como veo que no falta nadie —dijo—, no hace falta que pase lista.

Fue como si al hablar hubiera roto un encantamiento; los alumnos se removieron un poco en sus asientos y se miraron los unos a los otros. Empezaron a susurrarse cosas a ambos lados de los pasillos. No fue distinto ni peor que otras veces. Para reforzar aquella normalidad, les dio la espalda y escribió su nombre en la pizarra: *Sr. St. Clair*, y debajo: *Saint Clair*, con el fin de ayudarles en la pronunciación correcta de su apellido. Hizo una pausa antes de darse la vuelta, para que les diera tiempo a terminar de leer su nombre.

Había pensado empezar directamente con la asignación de la tarea, pero algo dentro de él le empujó, como la arena que se desliza ladera abajo en una duna. Él no era Lou, y a veces la gente necesitaba conocerle un poco primero. En ocasiones, resultaba desconcertante incluso para sí mismo, antes de que sus ideas salieran a la luz.

—Tal vez deberíamos dedicar el primer día —dijo— a hablar un poco, dado que no me conocéis. Podemos empezar hablando del aspecto físico, de lo que pensamos de

los demás por su apariencia externa. No hay reglas. Podéis decir lo que queráis.

De entrada, parecían no creerle aún, porque decían las mismas cosas que habrían dicho si sus padres hubieran estado presentes. Era un poco decepcionante.

Entonces, en lo que supuso que era un intento de ponerle un poco de humor al asunto, un chico de la última fila le preguntó si era pirata.

—No —respondió—. No lo soy. Soy profesor.

—Pensaba que los piratas eran los únicos que llevaban un parche en el ojo.

—Cualquiera que pierda un ojo puede llevar un parche. Y no tiene ninguna importancia que sea pirata o no.

Los alumnos iban saliendo de clase, para su alivio, y levantó la vista para observar a uno que estaba junto a su mesa. Era delgado, de piel blanca, con el cabello muy negro, tal vez tuviera algo de hispano. El chico le habló:

—Hola.

—Hola —le respondió él.

—¿Qué te pasó en la cara?

Reuben sonrió, cosa excepcional en él, y fue consciente del efecto distorsionado de su sonrisa. Acercó una silla para que el chico pudiera sentarse frente a él y le indicó que lo hiciera. El chico se sentó sin vacilar.

—¿Cómo te llamas?

—Trevor.

—¿Trevor qué más?

—McKinney. ¿Te he ofendido?

—No, Trevor, en absoluto.

—Mi madre me dice que no debo preguntar estas cosas, porque puedo ofender a la gente. Dice que debo hacer como que no me doy cuenta.

—Bueno, lo que tu madre no sabe, Trevor, porque nunca ha estado en mi piel, es que si actúas como si no te die-

ras cuenta, de todas maneras veo que sí te has dado cuenta. Y entonces se hace raro que no podamos hablar de algo en lo que los dos estamos pensando. ¿Me entiendes?

—Creo que sí. Bueno, ¿y qué te pasó?

—Me hirieron en la guerra.

—¿En Vietnam?

—Sí.

—Mi padre también estuvo en Vietnam. Dice que aquello fue un infierno.

—Estoy de acuerdo con él. Aunque yo sólo estuve allí siete semanas.

—Mi padre estuvo dos años.

—¿Y le hirieron?

—Una vez. Creo que le ha quedado una rodilla dolorida.

—Yo también iba a estar dos años, pero la herida era tan grave que tuve que regresar. Así que, en cierto modo, tuve suerte de no tener que quedarme, y en cierto modo, tu padre tuvo suerte porque su herida no fue tan grave. No sé si me explico.

Por la expresión del chico, no estaba seguro de que le hubiera entendido.

—A lo mejor algún día conozco a tu padre. En la reunión anual, tal vez.

—No lo creo. No sabemos dónde está. ¿Y qué tienes debajo del parche?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Es como si nunca hubiera habido nada. ¿Quieres verlo?

—Claro.

Reuben se levantó el parche.

Nadie parecía entender exactamente lo que quería decir cuando decía que no había «nada» hasta que lo veían. Nadie parecía estar preparado para el impacto de esa «nada» que estaba donde las demás personas tenían un ojo. Trevor apartó un poco la cabeza y luego asintió. Con los ni-